



DISCURSO

Que en la bendición que el Ilmo. Sr. Arzobispo de México, D. Próspero M. Alarcon, hizo de la Primera Piedra de la Iglesia Pública, consagrada á María Auxiliadora por los RR. PP. del Colegio Salesiano, en la Colonia de Santa Julia, leyó el Ingeniero de Minas Santiago Ramirez la tarde del día 15 de Marzo de 1897.

Ilmo. y Rmo. Señor:

Ilustres Hijos de la esclarecida
Congregacion Salesiana:

Señores:

Del fondo del corazon, por las más dulces impresiones emocionado, á la vez que por los más amargos recuerdos conmovido, siento en estos momentos solemnísimos, y por su esencia y su significacion interesantes, que se levanta una voz rigurosa y enérgica, como todo lo que tiene su origen en el alma, que detiene en mis labios la palabra, para reducirme al silencio.

Insensiblemente, y cediendo á una tendencia natural del espíritu humano, que con dificultad rompe los lazos que lo encadenan al pasado, por más que éstos sean opresivos; y que no puede ménos que palpitar en la vida de los recuerdos, por más que éstos sean dolorosos, hoy, como en otras circunstancias análogas, me siento arrebatado por éstos hacia una época tenebrosa y aciaga, en que mi corazon de niño fué lacerado por impresiones dolorosas, cuando la misma voz, si bien con diferente motivo, me imponía el mismo inviolable silencio.

¡Silencio! . . . ¿Qué significa ese incesante martilleo que lastima los

oídos, y que traen las ondas sonoras que ponen en conmocion la atmósfera, partiendo del mismo punto donde siempre hemos oído vibrar los bronces sagrados?

¿Cuál es la causa de ese prolongado estrépito, que entre la confusa gritería de una plebe desenfrenada y harapienta, se deja escuchar con el ruido aterrador del derrumbe, y que hace sospechar un cataclismo?

¿A qué es debida esa columna de polvo, que se eleva sobre la atmósfera y se extiende sobre el espacio, y con cuyos plomizos nubarrones, pretende el Sol ocultar sus rayos, para no iluminar las tinieblas? . . .

Que responda nuestra historia, abriendo las páginas sangrientas de nuestros errores, de nuestros desaciertos y nuestras desgracias.

Que respondan nuestros hogares cubiertos de luto; nuestros Padres sumergidos en la amargura; nuestros deudos y nuestros amigos penetrados de dolor, y nuestras Santas Madres, de cuyos expresivos ojos corrían á torrentes las lágrimas.

Que respondan los Vírgenes del Señor, de cuyos dulces y apacibles nidos arrancados de cuajo por el huracan y la tormenta, con las azucenas que los cubrían y los nardos que los

perfumaban, salieron fugitivas y do-
lientes como palomas espantadas.

Que respondan los Ministros del Altísimo, cuyo Ministerio se llenó de espinas, y cuya alma se inundó en la amargura, al contemplar la profanacion del Santuario.

Que responda, en fin, el Historiador Sagrado, cuya respuesta brota de la enérgica y justa acusacion que lanza ante la Historia y ante el mundo, contra los escandalosos despojos consumados por el sacrílego Achaz, (1) el supersticioso Manasés, (2) el impío Antioco (3) y el feroz Nabusardán. (4)

Ese martilleo significa el golpe lanzado por la barreta de la impiedad, cuya masa es repelida y cuyo filo es achatado por las bóvedas del templo, que abriéndose dóciles para dar paso al incienso suave de la adoracion y al suspiro tenue de la plegaria, presentan una resistencia tenaz, aunque inútil, á los esfuerzos satánicos del sacrilegio y de la destruccion.

Ese estrépito es el de los muros

(1) 2º. Par. XXVIII.—21.

(2) 7 C. XXXIII.—7.

(3) 1º. Mac. I.—23, 24, 36, 39, 45, 49, 50, 55 y 59.

(4) 4º. Rey. XXV.—9.

que se derrumban, despues de haber sido durante no pocos siglos, la línea divisoria entre el espíritu y la materia; entre el alma y los sentidos; entre el silencio y el bullicio; entre la oracion y la blasfemia; entre Dios y el Mundo.

Y esa columna está formada por las partículas que se desprenden de las piedras benditas que caen á la tierra, y que, como la vibracion del último suspiro y el eco de la última plegaria, se elevan al Cielo.

Mas ¿por qué se está realizando entre nosotros tan funesto, tan doloroso, tan alarmante y tan terrible acontecimiento?

¿Por qué el Señor, haciendo efectivas las amenazas que lanzó sobre el voluble Pueblo de Israel en la persona del más sabio, del más poderoso y espléndido de los Reyes, arrojó lejos de sí esos templos que fueron consagrados á su Nombre? (5)

¿Por qué nos castiga como á los trasgresores de su Ley, asolando nuestros santuarios, y no aceptando más en ellos el olor de nuestros sacrificios? (6)

¿Por qué oímos retumbar los ahullidos de los Pastores, al contemplar destruída su grandeza? (7)

Un grito de consternacion y de espanto, envuelto en los lastimeros ayes de la desolacion y el desconsuelo, se levantaba de todos los corazones, reflejándose en todas las conciencias.

¡Ay de la Nacion pecadora! sus hijos han abandonado al Señor; han blasfemado del Santo de Israel y le han vuelto las espaldas. (8) Destruyeron su santuario, profanando el Tabernáculo que tenía sobre la Tierra; y llevando su obcecacion hasta la ceguedad, y su perfidia hasta el sacrilegio, y su locura hasta el frenesí, «boremos de la Tierra—dijeron—todos los días consagrados al culto de Dios.» [9]

Y despues de esto, ¿se verán realizadas en nuestra Patria infortunada las aterradoras predicciones del Pastor de Thecué, por las que nosotros y nuestros hermanos, *discurrirémos de una á otra parte, deseosos de oír una palabra del Señor sin conseguirlo?* [10] Y las no menos terribles del regio cautivo de Babilonia, que prefijó su Nacimiento al Mesías; anunció su castigo á Nabucodonosor y su muerte á Baltasar, cuando en su vision profética contempló *destruídos la Ciudad y el Santuario, sucediéndose á la devastacion de la guerra, el imperio de la desolacion?* [11]

(5) 3º. Rey. IX.—7.

(6) Lev. XXVI.—31.

(7) Zach. XI.—3.

(8) Is. I.—4.

[9] Ps. LXXIII.—7 y 8.

(10) Amós. VIII.—12.

[11] Dan. IX.—26.

Todo menos que eso: porque los alevosos opresores, quedaron bajo la proteccion de los generosos oprimidos, cuyas oraciones, elevándose al Cielo el impulso de la tribulacion y el sacrificio, formaron esas nubes de bendicion y de esperanza, que más tarde se habían de desmenuzar en suaves corrientes, sobre nuestro suelo teñido con sangre y cubierto de abominaciones.

Porque los Sacerdotes buscando nuevos altares, y las Vírgenes del Señor, refugiándose en improvisados asilos, extendieron ante los pies de la Misericordia, elevados á considerable potencia, los diez justos que no se encontraron en las ciudades nefandas, para desarmar el brazo de la Justicia.

Porque México, beneficiada como ninguna otra Nacion, (12) tiene entre sus más eficaces recursos un prodigioso talisman de bienes, al pie de una venturosa colina, á cuya falda acabamos de ver estrellarse oleadas inmensas de fervorosos peregrinos, levantadas en toda la extension de nuestro vasto territorio, por el sentimiento religioso, puesto en accion por el Amor Guadalupano.

Los intrépidos apóstoles de la sublime Caridad Cristiana; los denodados guerreros que luchan sin descanso bajo el Estandarte de la Cruz; los ungidos Sacerdotes de nuestro suelo, extranjeros en su propia Patria; y los abnegados de otros pueblos, que no son extranjeros en ninguna, puesto que su Patria es el mundo, se unieron por los estrechos lazos de su excelsa mision, para desparramar la semilla, en extensísima labor, y preparar abundante cosecha.

Entre estos mensajeros celestiales, que sin que nada les arredre, ni los detenga, no corren, sino vuelan á donde hay males que curar, necesidades que socorrer, almas que redimir y persecuciones y peligros que arrostrar, figuran de una manera especial en el cuadro que nuestra gratitud y nuestro respeto extienden para bosquejarlos, reclamando tal vez el primer término, los ilustres hijos del ilustre misionero de Chablais; del extraordinario amante de su Dios, quien creyendo, por maligna tentacion del demonio, que su alma estaba predestinada para perderse, pidió al Señor, por intercesion de María, la gracia de amarle en el tiempo, ya que no podría amarle en la Eternidad; del perfumado lirio de la pureza, que en los fervorosos deliquios de un corazon verdaderamente seráfico, ofreció al Señor en la Iglesia de San Estéban, con la sublimidad y los merecimientos del voto, la más fragante y bella de las flores, que la gracia puede hacer brotar en los verjeles del alma; del Sacerdote magno y Predicador Apostólico, de quien con toda exacti-

[12] Ps. CXLVII.—20.

tud se decía «que no había obstinacion tan empedernida que pudiera resistir á su devocion en el altar, ni á su elocucion en el púlpito; del Pastor diligente, que con el fuego del amor divino, que en ardientes llamas salía en encendidas palabras de sus inspirados labios, fundió el hielo de la indiferencia y la impiedad, del error y la heregía en Tonon, Annecy, Chablais, Alinges, Ger, Ternier, Gaillac, Ginebra, Nicópolis, Grenoble, Chambery y cien lugares, en los que sus trabajos eran continuos, y las conversiones brotaban por miles de cada uno de sus trabajos; del fundador insigne de la Orden de la Visitacion: una de las más nobles porciones del rebaño de Jesucristo, y uno de los más preciosos Ornamentos de su Iglesia; cuya piedra angular fué la esclarecida Francisca de Chantal, y sus dos primeras columnas fueron las puras Vírgenes Fabro y Brechar de Nivernois; del inspirado autor de la *Introduccion á la vida devota y el Tratado del Amor de Dios; libro de oro*, como le llamaba el Papa Alejandro VII, cuyas notabilísimas obras son como el *alfa* y la *omega* de la vida espiritual; del esclarecido Príncipe de la Iglesia, que debió vestirse con la púrpura cardenalicia que le ofreció el Pontífice Leon XI, que estaba reclamada por sus méritos y que fué rehusada por su humildad; y por decirlo de una vez, del insigne San Francisco de Sales, que brilló como astro de primera magnitud en la Constelacion que proyectaron en el firmamento de la Iglesia, el Siglo XVI en su término y el XVII en su principio; [13] y cuyos brillantes resplandores están aún alumbrando á las generaciones del presente, como alumbrarán también á las que todavía no salen de la nada que envuelve el porvenir, y han de venir á reemplazar á éstas, en el incesante movimiento con que se renueva la humanidad.

Creacion providencial y misteriosa de este espíritu verdaderamente sublime; reflejo clarísimo y perfecto de este astro verdaderamente brillante; encarnacion sobrenatural y sorprendente de este corazon verdaderamente generoso, es el centro de donde parten, como rayos de un foco luminoso, ó como arroyos de un manantial cristalino, las nobles, las elevadas, las interesantes y simpáticas figuras, que el curso de nuestras reflexiones, que al impulso de la gratitud se desenvuelven, nos pone hoy ante la consideracion; y el cumplimiento de una mision elevadísima, brotada del ejercicio de las virtudes más preciadas, nos pone hoy ante la vista.

Hijos dignos; discípulos aprovechados; colaboradores eficaces: auxi-

[13] San Francisco de Sales nació el 21 de Agosto de 1567, y murió el 28 de Diciembre de 1622.

haires diligentes; obreros infatigables del esclarecido Juan Melchor Bosco, cuya cuna brotó en Castelnuovo de Asti el 16 de Agosto de 1815; cuyo sepulcro se abrió en Turin el 31 de Enero de 1888; cuya imágen están esperando nuestros altares, en los que en día tal vez no lejano, le tributarán el culto de la *dulcísima* las generaciones de mañana; y cuyo recuerdo conserva la Historia entre sus más hermosas páginas, y el corazón entre sus más entrañables afectos, con el imperecedero y harto significativo nombre de D. Bosco, son estos Sacerdotes virtuosísimos, que, acudiendo al llamado que les hizo un distinguido compatriota nuestro, á quien todo nuestro país debe estar profundamente reconocido. (14) han venido, lo mismo que otros. á evitarnos los males y traernos los bienes que señalaba al principio; que levantando con la vara mágica de su fé, de su celo, de su abnegación, de su actividad y sus virtudes, centros para el trabajo, talleres para la industria, fuentes para la instrucción y asilos para el infortunio, hoy, haciéndonos sentir junto á los recuerdos evocados, las impresiones del contraste, nos regocijan con toda la alegría que en el corazón católico es susceptible de producir el contraste de las impresiones, en la ceremonia tierna, grata, religiosa y significativa, que en este bendito lugar nos tiene ahora reunidos.

En ella se comienza la realización de un pensamiento noble y levantado, grande y sublime, religioso y digno, de la edificación de un templo para Dios, consagrado á su Santísima Madre, en su advocación dulce, conmovedora y significativa de María Auxiliadora.

Con este pensamiento se trata de levantar un templo en el suelo mismo que tantos fueron destruidos, en la época aciaga que hoy ha venido á llamar á las puertas de nuestra memoria, y que quisiéramos estar en aptitud de relegar al olvido.

Se trata de erigir la Piedra consagrada por Jacob en Bethel, (15) en la que, por escala invisible y mística, suban al Cielo las oraciones de la Tierra, y bajen á la Tierra las bendiciones del Cielo.

Se trata de elevar un templo sobre el que venga *el deseado de todas las gentes, para henchirlo de gloria.* (16)

Se trata de fabricar una Casa,

[14] El Sr. D. Angel Lascurain, á quien se debe el establecimiento de los salesianos en México; pues después de haber establecido esta Asociación el año de 1889, solicitó su erección canónica, que le fué concedida por Decreto de 11 de Mayo de 1891.

(15) Gen. XXVIII.—18.

(16) Agg. 11.—8.

que no se destruirá con las lluvias que caigan, ni con los ríos que salgan de madre, ni con los vientos que soplen, porque estará fundada sobre piedra. (17)

Se trata de preparar un sitio para su descanso, á Aquel que tiene al Cielo por Trono, y á la Tierra por estrado de sus pies. (18)

Se trata de preparar en un centro en el que Dios afirme su Trono para siempre, las adoraciones de un Pueblo que le llamará Padre que será su hijo, y de quien El, cumpliendo su inmutable promesa, no apartará su misericordia. [19]

Se trata de ofrecer á este mismo Dios un homenaje diario y constante, de almas redimidas con su sangre y arrancadas al pecado; de cuerpos que son templos de Dios y moradas del Espíritu Santo, en los que estuvo á punto de entrar el Espíritu del Infierno y los vicios que de él se desprenden; de corazones inocentes y puros, sustraídos á la perversidad y la malicia de que la atmósfera se halla inficionada; de inteligencias nacientes, y tal vez superiores, iluminadas con las luces refulgentes de la verdad que han disipado las tinieblas espesas del error; de costumbres arrancadas de los vicios, reos de las cárceles y criminales de los patíbulos de hombres en fin, que lleguen á ser útiles á sí mismos, á sus familias, á la Sociedad, á la Patria y á la Religión, que tanto necesita de fieles católicos que la profesen; de confesores enérgicos que la pregonen; de Apóstoles celosos que la difundan; de mártires intrépidos que por ella se sacrifiquen.

Se trata, en fin, de dar el último paso en un camino del que se han hecho desaparecer las miserias, para hacer brotar los beneficios.

Tenemos á la vista la piedra angular del edificio. La materia de que está formada la han ministrado las rocas que entran en la composición de la costra terrestre, manifestando así que todo pertenece á Dios y que Dios no se desdeña en aceptar para el Palacio de su residencia, una ofrenda tan insignificante como el microscópico fragmento de un cuerpo bruto, que carece completamente de valor, aun á nuestros propios ojos.

Así tampoco se desdeña en aceptar el despreciable puñado de polvo, que constituye el corazón, manchado no pocas veces por el inmundo cieno de las pasiones.

Ha sido trasportada hasta aquí desde el punto de su yacimiento, por los esfuerzos del trabajo, desprendiéndose de aquí una lección que no debemos desaprovechar: la de que los trabajos son siempre fructuosos, cuando se emprenden para la gloria y el

(17) S. Mat. VII.—25.

(18) Act. VII.—49.

(19) 2º. Rey. VII.—13, 14 y 15.

servicio de Dios, aun cuando en apariencia sean pequeñísimos.

Para arrancarla del criadero en que los agentes hidro-termales de la sedimentación la colocaron, fué necesario emplear el hierro herido por golpes incesantes, y el explosivo puesto en acción por el fuego ó por la electricidad, como el corazón para desprenderse del vicio en que las pasiones lo tienen incrustado, necesita el hierro de la penitencia, herido por los golpes de la mortificación; el fuego del arrepentimiento y la chispa de la gracia.

Está labrada por la mano del arte, como testimonio de que el arte dando forma, y belleza, y animación, y nombre á los objetos informes, y despreciables, y desconocidos, realiza una especie de creación, para presentar un homenaje al Supremo Criador del Universo.

Y acaba de recibir la bendición de Dios, por la ungida mano de su autorizado Ministro, recibiendo con ella la garantía del éxito que tan ardentemente deseamos, y nuestra pública confesión del principio, que es para nosotros un axioma, de que *sin Dios nada podemos hacer.*

La tierra en que pronto va á quedar sepultada, desapareciendo *para siempre* á nuestra vista, está ya abierta.

Cuántas veces, y en cuán distintas ocasiones vemos abrirse la tierra delante de nuestros ojos; unas veces brillantes por la alegría; otras opacados por la indiferencia; otras humedecidos por las lágrimas; pero todos animados con esa luz que irradia del porvenir, que atenúa los efectos del dolor y que constituye la esperanza!

Abre el arado del labrador la superficie de la tierra, para despararrar en el surco la semilla que ha de producir el alimento de los pueblos.

Hiere el pico del minero sus entrañas, para aprisionar en ellas el explosivo vigoroso que les arranca el preciado metal, que es el elemento constituyente de la riqueza de las Naciones.

Cava el azadon del sepulturero la fosa en que el Cristiano deposita un pedazo de su corazón hecho girones, perfumado con las emanaciones purísimas del alma; pero abriéndose paso entre su dolor la esperanza, «yo sé—dice con el consolador acento de la convicción que le infunde la Fé—que ha de resucitar en el último día.» (20)

Así nosotros, que vamos á ver desaparecer esta piedra, que inerte como es, ha tenido una voz bastante enérgica para llamarnos, y bastante elocuente para conmovernos, tenemos la fé, tenemos la esperanza, tenemos la convicción, de que pronto veremos descansar sobre ella un suntuoso tem-

(20) Job. XIX.—25.

plo, cuyos muros se estremecerán con la palpitation de nuestros dolores; cuyas bóvedas se abrirán para dar paso á nuestras plegarias; cuyo pavimento se empapará con las lágrimas de nuestros ojos; cuya atmósfera, perfumada con el incienso de nuestra adoracion, se conmoverá con los suspiros de nuestro pecho, y cuyo silencio sólo será interrumpido por la melodía de los cantos, por las armonías de la música, por las vibraciones de la divina palabra por el murmullo de la oracion y por los gemidos del arrepentimiento.

En sus altares se renovará, por el incruento Sacrificio de la Misa, el cruento Sacrificio del Calvario.

De su púlpito brotará en torrentes purísimos, consoladores y fecundantes, el agua viva de la divina palabra.

Sus confesonarios recibirán las confidencias íntimas de las conciencias agitadas; contemplarán las degradantes miserias de los corazones corrompidos, y purificarán con la sangre de la Redencion que en sus reservatorios divinos encierra, á las almas que se reconozcan culpables; y al lado de todo esto, ó por mejor decir, encima de todo esto, en la Mesa Eucarística nos llamará para alimentar nuestra alma y para inmolese en nuestro corazon, y para hospedarse en nuestro pecho, el Cordero de Dios, el que quita los pecados del mundo.

Bien habéis hecho, hijos ilustres é imitadores dignos del inmortal y esclarecido D. Bosco; *bien habéis hecho*, os diré con el más poderoso y sabio de los Reyes de Israel, *en haber ideado en vuestro corazon el fabricar Casa al Nombre del Señor, formando en nuestra mente tal designio.* (21)

Bien habéis hecho, en colocar este templo bajo la direccion de María Auxiliadora, sin cuya intervencion y asistencia no puede explicarse la vida de la Institucion Salesiana, como no podía explicarse tampoco, segun el sentir de un escritor distinguido (22) la vida de su ilustre fundador.

Bien habéis hecho en poner á Dios en el centro de este Asilo venturoso, monumento imperecedero de la insigne Caridad Cristiana, para ofrecerle á todas horas las almas que estaban á punto de perderse, y que bajo vuestra fraternal y benéfica proteccion están en vía de salvarse.

Bien habéis hecho en santificar la naciente Colonia que se está levantando en este sitio, antes habitado por la soledad y el abandono, con el templo que vais á presentarle, y que será una garantía de su seguridad, una promesa de su duracion, una esperanza para sus adelantos, un puerto en sus tempestades, un remedio para sus

(21) 3º. Rey. XIII.—18.

(22) El Pbro. Salesiano D. Camilo Ortúzar.

dolores, una piscina para sus enfermedades, una fuente para su purificacion y un talisman divino, para trocar en bienes todos sus males.

Bien habéis hecho en dejar á los que vengan despues de vosotros á sostener y perpetuar la colosal *locura* de vuestro ilustre Protector D. Bosco, este fecundo plantel en que unos y otros han de alcanzar tan insignes merecimientos; puesto que «tanto el que planta como el que riega, vienen á ser una misma cosa, y que cada uno recibirá su propio salario en proporcion de su trabajo.» [23]

Bien habéis hecho, en fin, en recompensar el amor, la gratitud, el entusiasmo y la confianza con que nuestra Patria os abrió de par en par sus puertas; y más que sus puertas, sus brazos; y más que sus brazos, su corazon, legándole la herencia valiosísima de un nuevo templo.

El beneficio que con esto nos hacéis es incalculable; y nuestra gratitud es tan grande como vuestro beneficio. Su misma magnitud hace impagable la deuda que con vosotros tenemos contraída; nuestra pequeñez nos declara insolventes para pagarla; pero estad, sin embargo, satisfechos: porque si es muy pequeño el óbolo que podéis esperar de la Tierra, es por el contrario, «muy grande la re, compensa que os aguarda en el Cielo.» (24)

Y vos, Señor Ilustrísimo, á quien la Providencia Divina en sus paternales y sapientísimos Decretos, designó, desde la Eternidad, para ocupar en nuestra Iglesia el grado primero de Gerarquía Eclesiástica, poniendo en vuestras manos un trabajo inmenso, y santificando vuestra vida con un ministerio santo; (25) vos, en quien su liberalidad que para nuestra Patria no ha tenido límites, nos ha traído *cobre en vez de maderas, y oro en vez de cobre; hierro en lugar de piedras, y plata en lugar de hierro, representando vuestro paternal Gobierno la paz y la justicia* [26] vos, que *instituído por el Espíritu Santo, veláis sin descanso sobre esta preciada porcion de la Iglesia de Dios ganada con su propia sangre,* (27) y á la que, *modelando vuestro corazon con el Corazon de Dios, apacentáis con la ciencia y la doctrina,* (28) acabáis de levantaros del modesto, pero encumbrado Solio en que el Dispensador Supremo del Poder se ha dignado colocaros; y puesto en pie, con toda la majestad que á vuestra mision elevadísima corresponde, habéis levantado vuestra ungida mano con toda la autoridad

(23) 1ª Cos. III.—8.

(24) S. Mat. V.—12.

(25) 1ª Tim. III.—1.

[26] Is. LX.—17.

(27) Act. XX.—28.

(28) Jer. III.—15.

que á vuestro augusto ministerio pertenece, para derramar las bendiciones del Cielo sobre esa piedra, que es el testimonio mudo, pero intachable, de *la alianza que venimos á renovar con Dios*, rompiendo de una manera enérgica y franca con sus enemigos, descubiertos ó embozados, y de *las armonías que venimos á restablecer entre sus Leyes y nuestra conducta.*

Al bendecir esta piedra de la que ha de brotar *el aceite* de la oracion y de la piedad, del perdon y del consuelo; y de *la miel* (29) que destilan las perfumadas Flores Eucarísticas, bendecidnos tambien á nosotros y depositad en ella, con el incienso de nuestra adoracion, la expresion de nuestros deseos, pidiendo por nosotros y con nosotros, al Dios en-cuyo nombre nos prodigáis vuestros beneficios. que á aquellos de nosotros á quienes se digne conservar la vida, conceda la felicidad de veros pronto, consagrar esta Iglesia ya terminada; de recibir de vuestra benéfica mano la sal de la gracia, el agua de la salvacion, la ceniza de la penitencia y el vino de la santidad; de escuchar de vuestros inspirados labios que *Dios está aquí presente á nuestras súplicas; que mira nuestros Sacramentos; que preside nuestros trabajos, cuando imploramos su misericordia;* de veros invocar á la *Santa y Bienaventurada Trinidad, que todo lo limpia, todo lo adorna y todo lo purifica; á la Augusta Majestad que todo lo llena, todo lo contiene y todo lo dispone; á la liberal mano de Dios que todo lo enriquece, todo lo bendice y todo lo santifica;* (30) que sepamos, en fin, que aquí podemos encontrar todo lo que podemos apetecer: porque un templo es el asilo del infortunio, el consuelo de la desgracia, el centro de la piedad, el santuario de la oracion, el Océano de la Misericordia, el Paraíso de las delicias celestiales, la Casa de Dios y la Puerta del Cielo.

(29) Deut. XXXII.—13.

(30) Palabras de la Liturgia.

CONTEMPLACIONES

XVII

Velando el astro luminar del día densa nube que cubre el horizonte, viene avanzando allende las montañas sobre el Cielo azulado, y forma un lote de sombra espesa, que de cuando en cuando un haz de luz blanquísima recorre, y en tortuoso zig-zag, alumbrando el vientre del lóbrego antro que la luz absorbe!

Es la ELECTRICIDAD; potente fuerza que por do quiera envuelve todo el Orbe, y efectuando reacciones impalpables, ya los cuerpos compuestos descompone, ya calcina la orgánica materia, ó ya destruye el morbo que nos roe, matando por miriadas los mortíferos microorganismos de fecunda prole; ya vuelta en fuego, de la añosa encina

ramas desgaja, ó del robusto roble incendia el tronco, en la elevada cima del escarpado inaccesible monte.....

Ya dócil y sumisa, de la humana voluntad á las órdenes se pone, y se trueca en TELEFONO, acercando las voces más distantes; ya de cobre presa en un hilo ténue, á gran distancia que al par del pensamiento, ágil recorre, convertida en TELEGRAFO, trasmite al través de los mares y los montes, desde el uno hasta el otro Continente, fecundo Verbo, que en contacto pone á los Pueblos que tuvo en otro tiempo lejanos la ignorancia;..... ya en la torre de alto edificio, á su pesar, es presa del agujon del PARARRAYO, en donde un hilo, á las entrañas de la Tierra celoso la conduce;.... ya uniforme capa formando en derredor del hilo de un carrete metálico, en buen orden acumula y refuerza su energía y empleada en DINAMOS y en MOTORES, da vida y movimiento á las fabriles instalaciones que alimenta el Orbe, da lengua al TIMBRE que sonoro rige las labores domésticas, y pone de acuerdo en señalar las propias horas á un número crecido de relojes; ó bien dentro de un globo transparente, vierte en las Avenidas y Salones, en arcos luminosos y brillantes, la claridad que nos negó la noche....

Ya en fin, dentro un estuche no muy grande, y en pequeño carrete, se recoge, reduciendo en gran modo y atenuando su gran poder, para curar al Hombre, y excitando sus nervios perezosos devolverle el vigor, y las funciones regular que un momento interrumpidas, tuvo el morbo maléfico en desorden.

Recojamos un poco el pensamiento: ¿Qué es la ELECTRICIDAD?... ¡A punto fijo nadie lo sabe! El hombre, por llamarla de alguna suerte, la llamó FLUIDO. Y ¿qué es Fluido?... La expresion rayana que separa lo cierto y lo preciso, de lo que escapa á los sentidos torpes y lo que ignora el hombre presumido, que renuente á creer, pues no lo mira, en el sutil cuanto incorpóreo ESPIRITU, bautiza todo lo que no es MATERIA, con otro nombre hueco: el de Fluido.... Fluido VITAL, ELECTRICO, NERVIOSO, y MAGNETICO.... El ETHER, otro tipo, vibrando, engendra LUZ, CALOR, COLO-

(RES, y el SONIDO afinado y expresivo.... El Fluido COSMICO, engendró los Astros. Y á más ahondar, quedamos convencidos de que el hombre, cultor de la Materia, la señala su origen en el Fluido que no palpa, ni mira, ni ha pesado, y sin querer, en crédulo y sumiso excede á los que sólo por sus obras aceptan la existencia del Espiritu, como el sabio juzgando por EFECTOS, creyó en las CAUSAS que llamó FLUIDOS. Palabras nada más!.... ¿Qué diferencia se podrá señalar entre ámbos tipos, si cada cual, por sendas diferentes, designa lo INCORPOREO, que proserito si quiere designar el alma humana, es científico y sábio y admitido, cuando el alma que anima el Universo señala con el nombre de FLUIDO?.....

Y ¿por qué, honradamente, ya lanzados á ese Mundo impalpable y METAFISICO, no confesar que son potente soplo del Creador, esos agentes típicos, que sin cuerpo ni forma que los muestre á nuestro Juez Supremo: los sentidos, de su Poder nos dan crecidas muestras, tales, que el ignorante y el omniscio á confesar se llegan, obligados, que hay algo en este Mundo que es distinto

de la Materia tosca que apreciamos, tiene otros fueros, rige y no es regido?....

Y despues, ¡poco importa que se llame "Fluido imponderable," ó bien "Espiritu!"

Tacubaya, Marzo 23 de 1897.

JUAN N. CORDERO.

¡POBRE ALBERTO!

Dijo el necio en su corazon: No hay Dios.

["Psalm." XIII, 1.]

A UN lo estoy viendo! En una de aquellas hermosas tardes de Mayo en que Madrid se desborda por la calle de Alcalá á la plaza de toros, como un río revuelto que arrastra el lodo con las perlas; en el cauce de aquel torrente de fango y flores, rodaba al leve empuje de dos soberbios corceles, el lujoso carruaje de la baronesa de X**, en el que se reclinaba ésta al lado de su linda hija Margarita, y frente á ellas dos amigas suyas, compañeras de siempre, que sobre el muelle regazo siempre del vehículo abandonaban al céfiro con coquetería las ondas de la mantilla española.

Guiaba en el pescante el "celebrado" escritor y conocido "sportman" Alberto "de" C**, de pareja con otro jóven compañero suyo de vida "alegre."

En vertiginosa ó contenida marcha trotaban aquellos hermosos alazanes, cerca de la "cuadrilla," girando suave ó bruscamente al compás de las pulsaciones de la experta mano que retenía sus bridas, hasta que desaparecían en el torbellino, con aquel "tren de molicie," cuya parte más sana se ocultaba bajo las lujosas libreas que se divisaban en la trasera del coche.

Alberto, mi antiguo amigo y compañero de estudios, montañés como yo, haragan y perverso como yo, quizá ménos noble él en su origen, pero más arrogante y osado, tenía sin embargo dos condiciones que yo le envidiaba, en las que no figuraba la riqueza; eran el talento y la figura.

Estas dos cualidades unidas á su grande osadía le llevaron á la corte, entrando de rondon por la prensa, que le condujo en las palmas de sus lauros "literarios" á los salones. En éstos halló una perla en medio de la arena; una mujer hasta cierto punto virtuosa, á la cual engañó con sus "amores," casándose con ella, para arruinarla en poco más de dos años y abandonarla despues.

Quando volví á Madrid á los tres años de esto, supe que Alberto se hallaba enfermo y abandonado en un hospital de la Villa, y movido por un sentimiento íntimo de caridad, fuí á verle.

Al acercarme á su lecho de dolor, extendió hacia mí sus brazos; yo le abrí los míos, y observé que apenas tenía fuerzas para estrecharme; luego me dijo con voz apagada y casi imperceptible:

— ¡Amigo mío, me muero! ¿qué desgraciado soy!... tú puedes ser feliz... no me imites...
— ¡Oh Alberto, amigo! le interrumpí conteniendo mis lágrimas, ten ánimo. ¿No crees en Dios?

— ¡Ya es tarde!... se apresuró á decir haciendo esfuerzos por añadir algo más, pero un violento acceso nervioso anudó su garganta, y despues de un fuerte estremecimiento quedó inmóvil y como en un colapso, bañando su demacrado rostro cierto sudor que temí fuese el precursor de la muerte. Miré en derredor, y no ví á nadie; llamé, y nadie acudió. Aturdido, sin saber qué hacer ni qué decir al enfermo, eché mano de un libro que ví sobre la almohada de una cama contigua, por si en él hallaba algun consuelo, alguna esperanza, una luz que pudiera mover á contricion á aquella alma, en el momento en que parecía separarse del cuerpo.

Abrió el libro, y lo primero que en él se ofreció á mis ojos, fué el salmo de David que comienza:

"Dijo el necio en su corazon: No hay Dios."

Maquinalmente, aunque con ansiedad devoradora, continué hojeando aquel libro, y por delante de mis ojos, á manera de relámpago, iban desfilando estas palabras del Evangelio: "Eternidad, fuego inextinguible, tinieblas, llanto y crugir de dientes;... penitencia, ceniza, cilicio..." y estos pasajes tambien del Evangelio:

"Oiréis con vuestros oídos y no entenderéis, y por más que miréis con vuestros ojos no veréis. Porque "habéis" endurecido "vuestro" corazon...."

"El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no fallarán."

"Esforzaos á entrar por la puerta angosta: porque os aseguro que muchos buscarán cómo entrar, y no podrán. Y despues que el Padre de familias hubiere entrado y cerrado la puerta, empezareis, estando fuera, á llamar, diciendo: No "os conozco, ni" sé de donde sois. Apartaos de Mí todos vosotros, artífices de la maldad...."

Con la velocidad de una exhalacion llegué al final del libro, y miré al rostro de mi amigo, que hallé desfigurado. en mi aturdimiento intenté hojear aquél de nuevo, mas me acabé de llenar de confusion, al hallar aquellas palabras de Jesucristo: "Y si un ciego se mete á guiar á otro ciego, entrámbos caen en la hoya."

Sentí entónces que mi pecho se oprimía y que mi voz tambien se anudaba en la garganta, y corrí en demanda de auxilio, y viniendo los enfermeros, hallamos tan sólo el cadáver de Alberto, horriblemente contraído en el lecho...

Retiréme de allí, y pasados los primeros momentos de estupor, reflexioné sobre aquellos pasajes de la Sagrada Escritura que acababa de ver, y entré á cuentas conmigo.

Desde entónces no ceso de clamar cada dia á semejanza de David:

"Apíadate de mí, Señor, porque mis huesos están conmovidos y mi alma perturbada."

"Apartaos de mí todos los que obráis iniquidad."

"Lavaré cada noche mi lecho, y regaré con mis lágrimas mi estrado."

"Vuelve ¡oh Señor! á mi tu rostro, y libra mi alma: sálvame por tu misericordia."

"Porque en la muerte no hay quien se acuerde de Ti: y en el infierno ¿quién te dará alabanza?"

FRANCISCO SALGADO Y LÓPEZ QUIROGA.
Puentedeume, Febrero, 1897.

POESIAS LIRICAS

DE

JOSE MARIA ROA BARCENA

Miembro correspondiente de la Real Academia Española.

(CONTINUA.)

LOS PADRES DE LA MUERTA.

A CASIMIRO DEL COLLADO.

Ni riquezas, ni lauro, ni escondido Huerto de amor que al corazon es nido; Ni recto paso y firme en el desierto Arido del vivir; ni triple cota De calma y de valor; ni la esperanza Lúcida y fiel de prometido puerto, Son pararrayo al golpe Que el alma os deja desolada y rota. Surcad, surcad los mares Rudos, de vuelta á los antiguos lares. Allá queda una tumba Humedecida en llanto que no agosta Nocturna escarcha ni abrasado estío: Aquí la dulce imágen Del bien ausente en el hogar ya frío: Y della en torno y de vosotros, niebla, Cielo sin luz ni azul, campos sin flores, Techos y muros altos que no puebla La móvil sombra ni el acento flébil

De la que ya murió; y al lado vuestro,
Tétrica Soledad, Dolor siniestro.

Solo consuelo es Dios. La humana vida
No bien amaneció cuando ya es ida.
Llévenos su raudal: en el remanso
De la piadosa muerte
Hallan obrero y luchador, descanso.
¡Oh Margarita bella!
¡Oh Padres, infelices por amantes!
Orad.—Breves instantes....
Un paso más, y os juntaréis con ella.
1894.

AL NUEVO OBISPO DE VERACRUZ.

(ILMO. SR. PAGAZA.)

Entre el Cofre y el piélagos de Atlante
Sentarás el aprisco á tu cayado
Por Dios encomendado.
¡Bella region que el sol ama y fecunda,
Y á cuyo seno arranca
Tesoro inagotable cultor libre,
De altivo corazón é índole franca!
A sus montes y valles
El son llegó de tu rabel divino.
¡Qué mucho que avasalles
Animo y voluntad, y tu ganado,
A quien al par tu voluntad se inclina,
Añeje ya por el Pastor amado
Y la mies y el raudal de su doctrina!
Esto al oído, en desmayados versos,
Mas con afecto vivo, y de consuno
Con mi tierra natal, te dice alguno
De sus antiguos pájaros dispersos.
1895.

[Concluirá.]

JUAN JOSE.

NO se trata de ninguna zarzuela inmoral: es un simple cuento, con ribetes de verdad, que pido permiso para narrar. Que haya ó no sucedido, el lector lo juzgará.

Para el que no haya visto á Juan José Payares, que así se llama el héroe de esta historia, voy á presentarlo de cuerpo entero, como que le conozco desde que nació. Con decir que hemos sido camaradas de infancia.

Aún tengo presentes en la memoria á los veinticinco chavalos que componíamos el plantel de Misia Brígida, formados en rueda y rezando el Bendito.

Mucha agua ha corrido por el puente de Anauro de entonces acá, pero estoy convencido que hasta el mismo Juan José no dejará de recordar aquellos felices días de la infancia, que se presentan al espíritu envueltos en amenos celajes de nacarados matices: cuando el llanto se codea con la risa, cuando la túnica de inocencia guardada sin mancilla por la amorosa madre, precave el alma de los tropiezos y asperezas del camino.

¡Qué tiempos aquellos en que éramos cristianos! Nuestras madres, amigas y vecinas, reuníanse de noche para rezar los cinco Misterios del día, y al concluir las Letanías, nos levntábamos grandes y pequeños, con una satisfacción en el corazón, que era como la recompensa inmediata de nuestra oración.

Eran tiempos de gazmoñería y atraso. Entonces no se conocían los botiquines y el brandy sólo se vendía para remedio; pero en cambio, no había suicidios, ni escándalos, ni tiros por las calles, ni hogares deshonrados.

Un día, la excelente madre de Juan José se durmió en la paz del Señor, y fué grande la misericordia que usó Dios con ella, porque la verdad es que el Juan José de ahora no parece ni prójimo de aquei rubio querubín que ella dejó al volar al Cielo. Enviado á Europa por un padre descreído, frenético admirador de todo lo moderado, aprendió nuestro héroe á hablar alemán, francés é inglés como cualquier "musú;" por desgracia, adquirió también

muchas cosas que no le hacían falta: entre otras una verdadera ciencia de catador de aguardientes, que sostiene y robustece una gran afición al licor.

No obstante, hay que hacerle la justicia de reconocer que al caminar no forma esos como algunos de sus colegas; se le ve siempre "sereno," aunque colorado como un gallo de riña. Un facultativo, amigo nuestro, vástago también del plantel de Misia Brígida, le ha recomendado muy seriamente, que tenga cuidado al encender el cigarrillo, porque cualquier día va á prender como una lámpara de alcohol. Pero quíá, ni por esas.

Este es el Juan José de ahora.

Corría el año 189. .y nos hallábamos varios venezolanos en el "parlor" del Hotel Westminster en Nueva York. Juan José, que es grande orador de una logia masónica que se llama los Filántropos del Avila, no dejó escapar esa ocasión de disparatar y se lanzó en una improvisación sobre la libertad, llena de teorías y sofismas.

—Oiga usted, amigo Payares—dijo don Severo, que es hombre de gran circunspección—en materia de libertad no debemos decir palabra los suramericanos, porque al tratra esa cuestión en esta patria de la libertad, nos parecemos al niño que quiere enseñar á su papá. Por lo demás, creo que la plétora de teorías vacías es la enfermedad de que están muriendo la mayor parte de las Repúblicas suramericanas. Por lo ménos es la tiña que agota nuestras fuerzas y no nos deja progresar.

Juan José tragó saliva, y para probar que no estaba corrido, la emprendió contra los conventos, su tema favorito.

Y volvió el paciente don Severo á tomarse el trabajo de rebatirlo.

—En todos los países del mundo hay conventos de hombres y mujeres—dijo don Severo—y créame usted cuando le digo, que me avergüenza que sea mi tierra la que marca la única excepción. Echemos una ojeada sobre la estadística de los Estados Unidos y hallaremos "cuatro mil conventos" (1) á pesar de estar en mayoría los ciudadanos que no son católicos.

Tornó Juan José á escaparse por la tangente, con una pamplina. Vaya usted á discutir cuestiones serias con libres pensadores!

Pero le había picado el argumento de don Severo; por eso echó mano del insulto, "última ratio" del librepensamiento. Como no podía decirle nada á su respetable interlocutor, cayó á puños cerrados sobre las Hermanitas de los pobres y sobre los frailes.

Las primeras debían cumplir, mal de su grado, con el deber de casarse y formar una familia; como si no tuvieran harto que hacer con la inmensa familia de los huérfanos y desvalidos.

En cuanto á los frailes, no eran sino unos zánganos, amigos de la buena mesa y de la vida holgada, amen de otros argumentos demasiado impregnados de espíritu sectario, que en Juan José bien puede llamarse espíritu de vino ó de aguardiente. Los lectores me agradecerán que los pase en silencio.

Precisamente días ántes, había yo regresado del Convento de los Trapenses, que dirige un respetable anciano, oriundo de Vizcaya. En aquel monasterio hay celdas para los seglares que desean pasar unos días de retiro. Ya imaginarán los lectores la indignación que me causaban las sandeces de Juan José, y si no había replicado ántes, fué porque no esperaba hacerlo bien como el lacónico don Severo.

Pero á la última salida de Juan José, era tan flagrante la injusticia, y sus palabras herían tan groseramente la verdad, que ya no me pude contener: acababa de ocurrírseme una excelente idea para aplastar á aquel moscon.

Saqué mi cartera, y poniéndola sobre la

(1) Dato exacto.

mesa, dije pausadamente, dirigiéndome á los circunstantes.

—¡Señores! Juan José Payares acaba de insultar gravemente á todo un gremio de ciudadanos respetabilísimos, que no están aquí para defenderse. Yo soy un testigo presencial de la injusticia de sus cargos, como que antea-yer no más regresé de un Convento, donde pasé ochos días de retiro. En esta cartera hay trescientos dollars en billetes: yo los apuesto, contra veinticinco, y reto á Payares á que él no lleva ocho días la vida de aquella comunidad.

Juan José mudó de semblante; por primera vez desapareció de su boca aquella mueca en forma de sonrisa que caracteriza á tantos sectarios.

—Esto es una chanza de Nolasco, dijo.

—Mi apuesta es formal—repliqué, y abriendo la cartera, entregué trescientos dollars en billetes á don Severo.

—Magnífica ocurrencia—dijo álguien—ahí tenemos á Payares entre la espada y la pared. Si quiere ganarse los trescientos dollars debe pasar ocho días de ayunos y trabajos como cualquier fraile.

—Amigo Payares—dijo otro—ya sabrá usted para otra vez, por propia experiencia, lo ingratas que son las teorías; pero lo que es hoy, no le queda más remedio que aceptar el reto.

—Pues bien, acepto, dijo entonces el infeliz poniéndose de pie y acentuando aún más la mueca samarga que es su perpetua sonrisa.

Tres días después de esta escena, regresábamos los dos al Hotel Westminster. La apuesta había concluido. Payares estaba casi pálido, síntoma realmente alarmante en aquel organismo encendido por el alcohol. Al llegar, se metió en la cama, donde permaneció ocho días. Enfermedad, no tenía propiamente ninguna, pero era tal su estropeo, que estaba como desmayado.

¿Qué le había pasado?

Al llegar al convento de los Trapenses, hablamos con el Padre Prior, excelente viejito español.

Le pusimos al corriente de la apuesta, pero sin decirle nada de la discusión que la había originado. Payares debía en todo seguir los ejercicios de la comunidad: en cuanto á mí, yo guardaría sólo el régimen de los extranjeros: dormiría toda mi noche, haría mis tres comidas diarias y dispondría de mi tiempo.

El Padre Prior miró á Payares con mucho cariño, y cogiéndole una mano entre las suyas, díjole:

—Pero, hijito, ¿ha pensado usted en lo que va á hacer? La comunidad no pasa bocado ántes de las 4 de la tarde, única comida que hacemos en las 24 horas, y no comemos carne ni pescado jamás. A las doce de la noche se toca la campana para Maitines, y luego, en varios ejercicios, pasamos el tiempo hasta las horas de Misa, que nos llevan hasta las siete de la mañana. A las 7 y media marchamos todos con el pico al hombro para la ciénaga, que estamos secando. Allí pasamos todo el día. Ni á la ida, ni á la vuelta, ni en el trabajo decimos una sola palabra. A las 4 regresamos para la única comida. Luego después, los Oficios, y á las siete y media nos acostamos para levantarnos á las 12 de la noche. Esta es nuestra vida, que se resume en cinco palabras: ayuno, oración, trabajo, silencio y privación de sueño. Se me olvidaba una pequeña siesta que hacemos á las doce del día, necesaria para que pueda el cuerpo resistir.

Yo miraba á Juan José de hito en hito, mientras duró la relación del Padre Prior, y veía que los tintes de su rostro iban pasando de morado á oscuro.

—¡En qué berenjenal me he metido! estaría pensando el desventurado.

Y yo decía para mis adentros que la penitencia era realmente seria para un hombre que come como un tigre, bebe como un odre,

habla disparates y obscenidades hasta por los codos y trabaja... Nadie puede decir cómo trabaja Juan José Payares, porque jamás ha movido una paja.

No había más remedio para Juan José que hacer de tripas corazón y procurar resistir aquella tremenda vida de galeoto siquiera veinticuatro horas, porque se le presentaba al magin la chacota de los paisanos allá en el "parlor" del hotel Westminster.

Las primeras veinticuatro horas, la cosa no salió tan mal; sólo que al pobre lego encargado de llamar para Maitines, le costó gran trabajo levantar á Juan José á las 12 de la noche. Poa fin, á la vigésima llamada, presentóse éste en la Capilla, donde la comunidad llevaba ya media hora de rezo; allí durmió el resto de la noche, no sin uno que otro ronquido que lo despertaba en sobresalto y escandalizaba á sus vecinos.

Algo duro y hasta inhumano, le pareció tener que marchar al amanecer á meterse en el pantano, con el estómago en un hilo y sin el menor trago de brandy. ¡Qué atrocidad!

Y cuando á eso de las cuatro, llamaron á comer, cayó el infeliz sobre las judías del convento, con más apetito que un enjambre de langostas.

Hasta allí no más llegó el heroísmo de Payares en su ensayo de la vida conventual, porque á las 12 de la noche, cuando se presentó el lego á emprender la brega para hacerlo levantar, volvióse con la cara á la pared, y muy mal humorado, declaró á regañadientes que ni por mil dollars se levantaría antes de las doce del día. La verdad es que estaba tan estropeado, que jamás había dormido mejor que en aquella dura tabla que le servía de cama.

Así fué como perdió su apuesta el periodista mendrugero Juan José Payares. En cuanto á sus teorías masónicas contra la libertad de los ciudadanos católicos, no hay remedio ni escarmiento que valga: primero renuncia al aguardiente.

Nueva York, 24 de Enero de 1807.

PEDRO NOLASCO.

RECUERDOS.

Agobian los recuerdos mi memoria,
Enlutando las horas de mi vida;
Traen á mi mente la fatal historia
De mi bella ilusion desvanecida.

Cinco años hace que perdí la calma,
Y mi ensueño de dicha seductora;
Y desde entónces dolorida el alma,
Triste, en en silencio, su pesar devora.

No tiene el bosque para mí rumores,
Ni atractivos la caída de la tarde;
Ni percibo el aroma de las flores
Ni el fuego del amor en mi pecho arde.

Sólo encuentro consuelo en mis pesares,
Al extenderse el manto de la noche;
Pues en la calma de mis quietos lares,
Mi labio exhala triste su reproche.

Y me ofende la luz del claro día,
Y el entusiasta y mundanal bullicio;
Para el que sufre cruel melancolia,
El goce general no le es propicio.

Sólo al dormir mitígame mi pena,
En alas de la ardiente fantasía,
A otra época feliz de encantos llena,
Me transporto gozando de alegría.

En ella encuentro bienestar sin tasa,
Mi corazón se agita dulcemente;
El fuego del amor mi pecho abrasa
Y miro el porvenir resplandeciente.

Murmura el labio frases de ternura,
Siento en mi rededor el paraíso;

Mas se aumenta mi horrible desventura,
Al despertar del sueño, de improviso.

Mi planta incierta por el mundo avanza,
En medio de tiniebla aterradora;
Sin que mire lucir en lontananza
La estrella de la dicha precursora.

María de J. S. y P

DOS HEROISMOS.

TODOS los presentes estábamos asombrados de oír á Gómez relatar sus desafíos. ¡Qué hombre aquél! En ménos de cinco años había tenido veintidos duelos, y de todos había salido triunfante. Unos á pistola, otros á espada, otros á sable, en todos ellos se había jugado la vida, y estaba dispuesto á jugársela en otros tantos si el honor se lo exigía. Al terminar Gómez aquella sangrienta historia de peligros y mutilaciones, todos los circunstantes decíamos en nuestra conciencia:

—¡Este hombre es un valiente!

Y uno, más impresionado que los demás, exclamó en voz alta, mirando á Gómez con admiración:

—Pues es necesario mucho valor, un valor á toda prueba, para exponerse á la muerte tantas veces. Este Gómez es un héroe del honor.

Entónces un viejecillo, de cara rugosa y patillas blancas, que había escuchado á Gómez atentamente, como todos, la narración de sus proezas, dijo pausadamente, con una majestad que hacía más solemne el silencio que todos los demás guardábamos, y mirando fríamente á Gómez:

—Este señor ha demostrado apreciar poco la vida, pero eso no es heroísmo. Yo, y Vds. me perdonarán la inmodestia, he sido más héroe que él.

Todos miramos con asombro al viejo. Su aspecto de hombre pacífico, inofensivo; su ancianidad, rayana en la decrepitud, estaban en contradicción ostensible con aquellas palabras arrogantes.

Gómez, que estaba acostumbrado á que nadie le disputara su hegemonía en el campo del honor, miró entre sorprendido ó irritado al viejo.

Este sostuvo la mirada de Gómez, y fijando más en él la de sus ojos tranquilos, le dijo:
—Yo he sido verdaderamente héroe del honor, caballero.

Gómez, que, aunque desconcertado todavía y dominado por la serenidad y la calma del viejo, había recobrado un tanto su audacia de siempre, le preguntó con tono de curiosidad provocativa:

—¿Pues cuántas veces se ha batido V.?

—Ninguna.

Nuestro asombro creció. Algunos que no conocían al viejo, entre ellos yo, pensamos por un momento, si aquel señor tendría trastornada la cabeza. Pero esto no lo pensamos más que por un momento, como digo. El viejo hablaba con serenidad y firmeza; su mirada era lúcida y tranquila, su voz segura, su tono solemne y reposado; no, aquel hombre no era un loco, aunque por sus palabras nos lo hubiera parecido.

Gómez, al oír su contestación, rompió á reír imprudentemente, sin respeto á la blancura de su barba y á las arrugas de su rostro.

El anciano no hizo caso de la carcajada de Gómez, y continuó:

—No me he batido ninguna vez, y ahí está mi heroísmo... porque yo debí batirme en una ocasión. Verán Vds.

Y tomó un sorbo de café, se limpió los labios, miró á todos, y, como sastifecho de la atención ansiosa con que todos nos preparábamos á oírle, dijo:

—Hace cuarenta años, y me acuerdo como si hubiera sido ayer, porque este es el edisodio más memorable de mi vida, entré yo una noche con varios amigos en este mismo café, y nos sentamos en esta misma mesa en que es-

tamos ahora. Todos habíamos bebido mucho; pero mucho más que todos yo, que me encontraba en un estado de excitación fuertísima. Mis amigos, más serenos, vigilaban todos mis movimientos, porque yo tenía mala borrachera, y aquella noche les había comprometido varias veces, provocando una porción de cuestiones de las que por milagro habíamos salido bien.

Al poco rato de hallarnos aquí entraron un hombre y una mujer, sin duda matrimonio, y se sentaron en esa mesa de la derecha. Desde que entraron me llamaron la atención, y de llamar la atención de un borracho á tenerle al lado va poco. Efectivamente, al poco rato me levanté, é impulsado por mi borrachera frenética, me llegué á su mesa y dije una insolencia al oído de la señora. Se levantó el hombre, alzó el baston; cogí yo una botella de la mesa de ellos, y cuando nos disponíamos él á romperme la cabeza de un palo y yo á romperle encima la botella, llegaron mis amigos de un lado y de otro varios mozos del café, y nos separaron.

Pero la cuestión no quedó aquí. Aquella misma noche dos de mis amigos se veían con dos amigos de mi desconocido adversario, y, sin darme conocimiento á mí, porque yo no estaba para entender en ninguna cuestión seria, trataron las condiciones del duelo á que aquel hombre me retaba.

Yo miétras tanto dormía en mi cama el pesado sueño de una gran borrachera, sin saber que cuatro hombres estaban disponiendo de mi vida en aquel momento como si fuera cosa suya.

A la mañana siguiente fueron á despertarme mis dos amigos. Yo no recordaba lo ocurrido la noche anterior; tenía de ello una memoria vaga y brumosa, nada más; únicamente se me venían de vez en cuando á la imaginación algunos detalles aislados, imperfectos, borrosos, como llegan por la mañana los recuerdos de un sueño de las primeras horas de la noche. Calculen Vds. si me sorprendería por tanto, oír á uno de mis amigos:

—Mañana al amanecer es el duelo.

—¿Te bates? le dije sorprendido.

—No; te bates tú.

—¿Yo!

—¡Naturalmente! Has ofendido de una manera grave á un hombre, y te ha desafiado. Nosotros en representación tuya hemos aceptado el reto y concertado las condiciones del combate."

La niebla que el sueño había depositado en mi cerebro se esparció y deshizo instantáneamente, y recordé lo ocurrido. De un rayo de luz forma un haz el borracho despues de la embriaguez. Algunas palabras de mis amigos fueron para mí el rayo de luz, y á favor de él, y recogiendo las ideas sueltas que andaban en desorden por mi imaginación, reconstituí la escena del café.

"Tu adversario no sabe manejar ningún arma, y sus padrinos han elegido la pistola, juzgando que es la que más tiende á igualar el combate. Tú siempre has sido un gran tirador; pero yo creo que te conviene ir hoy al tiro de pistola y ejercitarte por última vez. Hace tiempo que no tiras, y eso se olvida si la práctica no es constante."

Yo no supe oponerme, pero aquello me repugnaba, y sentía que inundaba mi conciencia un remordimiento obscuro. Mi adversario, á quien no guardaba rencor alguno, y cuya fisonomía no recordaba ya, no sabía manejar la pistola, miétras que yo siempre había hecho prodigios con las balas y había sido la envidia de los mejores tiradores, que me admiraban y temían por mi sin igual destreza, probada cien veces en los salones de tiro.

Sin embargo, no dije nada, y aquella misma tarde fuí con mis amigos á probar mi puntería. No había olvidado aquello, no: hice veinte tiros asombrosos. Mi pulso estaba firmísimo, como lo estaría al día siguiente, porque yo no tenía miedo.

Ahora bien; ¿creerán Vds. que aquello me satisfizo y me dió ánimos? Pues fué lo contrario, señores, se lo juro á Vds. Yo hubiera querido tirar peor, para que el duelo se realizara en condiciones de relativa igualdad, porque yo no quería asesinar á un hombre.

Cuando yo dejaba la pistola sobre la mesa y miraba al blanco para observar mi último tiro, que había sido certero como todos, entró un hombre y pidió que cargasen una pistola.

Aquel hombre era mi adversario.

Yo me quedé á verle tirar, con la esperanza de que los informes que yo tenía fuesen falsos y aquel hombre manejara bien la pistola.

Pero no había tal. Lo que me habían dicho era exacto, era cierto. Hizo tales tiros, que parecía que en su vida había tenido una pistola en la mano. Era hombre perdido. Su vida estaba en el cañon de mi pistola.

Y... para concluir, porque me he fatigado hablando: ¿qué creen Vds. que hice yo con aquel hombre?

—¡Matarle! dijimos varios á un mismo tiempo.

—No, señores: darle una satisfaccion, allí en el mismo tiro de pistola. Los padrinos [los míos con gran disgusto] redactaron despues un acta en que constaba que yo me arrepentía de haberle ofendido y le daba satisfaccion completa. Yo les juro á Vds. que lo hice porque no quería matarle. ¿Qué miedo podía tener yo, tirador consumado, á un hombre que no fijaba una bala á ménos de metro y medio del blanco?

Y el viejo, cuando concluyó de hablar, dirigió á Gómez una mirada de triunfo. Efectivamente, en aquél había una grandeza que le faltaba á Gómez. Este, batiéndose veintitantas veces, no había tenido el heroísmo de aquel anciano rehuyendo batirse una. Porque, verdaderamente, se necesita mucho más valor para dar una satisfaccion á un hombre que para matarle.—A. N.

ESTROFAS.

EN UN ALBUM.

—¿A dónde vas, ¡oh, niña encantadora!
Tan llena de pesar por la vereda?
—A ver si andando trás de mí se queda
El ángel del dolor.

—Es en vano... es en vano... ¿Que no sabes
Que cuando huye del hogar la dicha,
Más y más en seguirnos se encapricha,
Con su guadaña atroz?

—Mas tú qué tienes que tan triste me hablas
Cuando un consuelo el corazon implora?...
—¡Ay! que tú empiezas á sufrir ahora,
Y yo... hace mucho que sufriendo estoy....!
México, Septiembre 17 de 1895.

Nicolás San Martín.

DOS PAGINAS.

I

EN la ideal y variadísima corona que con mis pesares y mis alegrías he ido tejiendo durante mi vida de estudiante,—pues los estudiantes saben sentir tristeza ó júbilo mejor que ninguno,—llaman poderosamente mi atencion dos fores, que con sus pálidos matices evocan en mi alma recuerdos dulces y reminiscencias tiernísimas, que producen en mi sér sacudimientos nerviosos haciéndome pasar por una série de sensaciones desconocidas: esas pálidas y marchitas flores, son los despojos de los dos únicos amores que, á pesar de la ferozidad de mi corazon, he sentido llegar hasta él. En los desvaríos de mi mente loca, cuando desprendiéndome de este mundo, me elevo en alas de mi fantasía, y la dejo vagar por los campos de la idea, sin rienda que la sujete ni valladar que la detenga, gusto de hacerme representacio-

nes imaginarias de lo que me pasa, y entónces, mis dos amores me parecen: el primero, un cándido jazmin, por la inocencia con que lo profesé, y por el suave perfume que vierte en mi alma; y el segundo, una pálida camelia roja, por la intensidad que alcanzó en mi alma y la viveza de la llama que prendió en mi corazon; pero cuya brillantez va disminuyendo, á medida que la escarcha del desengaño ha ido helando mi alma. Estas son las dos páginas del libro de mis amores, que no están en blanco: en cada una de ellas, se les un nombre igual: "María;" páginas que comparo á dos flores, porque éstas son el lenguaje del amor.

II

Yo empecé á amar ¿por qué no decirlo? á una edad muy tierna; pero el amor que entónces sentí, jamás volverá á brotar en mi corazon, por más que pasó tan violentamente, como pasa un meteoro á través del éter. La inexperiencia de mis años y las pretensiones de un advenedizo, dieron fin á este fugaz amor, que huyó, por mi culpa, á esconder su casta frente en el fondo de mi alma, para atormentarme de vez en cuando con el recuerdo de la inocente niña á quien lo juré, y con los ojos preñados de lágrimas, señalarle con el dedo una herida que con mi ingratitud abrí en su tierno corazon.... Mi María, la dulce compañera de mis infantiles amores, ya no sabe quién soy, ni goza con mi recuerdo, como yo gozo con el suyo, empapando en lágrimas las reliquias que nuestra brusca separacion hizo que conservara en mi poder.... Con la sencillez de una niña y la impetuosidad de un corazon enamorado, colocó en mi cuello un relicario, cuya conservacion es sagrada para mí; y halagada por sus sueños juveniles, que la hacían creer que jamás terminaría su amor, me dirigía cartas en las que sin recelo ni coquetería, juraba ser mía "toda la vida." Tal vez lo hubiera cumplido; pero yo fuí muy ingrato. Ahora, la más completa indiferencia de su parte, y las tímidas miradas que le dirijo, me hacen comprender que si ella me ha olvidado, en mí aún arde el remordimiento más cruel. Esta es mi primera María; es el cándido jazmin de mis amores, que adorna la corona tejida por mí con los pesares y alegrías que he tenido, y que evoca en mi alma los más puros ensueños....

III

A la segunda, á quien real y verdaderamente debería llamar mi primera María, por haber poseído mi corazon completamente, y por haber encendido en mi pecho una pasion idealizada por los esfuerzos de mi fantasía y agrandada por mis deseos, que me tenían sediento de amor, á esta María, sólo debo dedicarle unas líneas, porque su recuerdo me desespera. En su conducta he visto vinculada la hipocresía más refinada, y con esta traidora arma me ha herido en los más caros sentimientos que abrigaba hacia ella. ¡No quiero recordarla más!....

En último análisis, una de las dos Marías ha sido vengadora de la otra; fuí muy ingrato con la primera, que de veras me amaba, y la segunda, engañándome con su amor fingido, me hizo sufrir con su desprecio lo que yo hice sufrir á mi primera novia.... Y ésta ya puede estar tranquila: ¡ha sido vengada!

Una me inspira los más sinceros arranques de arrepentimiento y de ternura; la otra hace brotar en mi pecho, al par que los recuerdos más poéticos, los deseos más inconcebibles de vengarme; ámbas me inspiran sentimientos opuestos; pero tiernos: ¿á cual de las dos amaré?....

J. R. P.

EL CANTO DEL CISNE.

Ya próximo á extinguirse el sol poniente,
Brillan, Leon, sus rayos en tu frente.
En las exhaustas y cansadas venas
El ritmo de la vida late apénas....
Vibra, oh muerte, tu dardo; el cuerpo inerte

Será frío despojo de la muerte:
Mas rota la prision, con santo anhelo
Rápida vuela el alma y busca el cielo....

¡Acabe el largo y áspero camino,
Y al fin, Señor, descansen el peregrino!
Si tu gracia merezco, oh Dios clemente,
Repose en Tí mi alma eternamente.

con XIII.

MANDAMIENTOS

DE LA MUJER INGLESA.

Las inglesas son extraordinarias! A una de ellas no se le ha ocurrido otra cosa mejor que formar diez mandamientos. Los llama mandamientos de la mujer, y son bastante originales:

1º Guárdate de la primera disputa; pero una vez empezada no la evites; arréglate de manera que tu marido quede vencido y que lo comprenda bien.

2º No olvides que te has casado con un hombre y no con un Dios. No te sorprendas, pues, de sus imperfecciones ni de sus defectos.

3º No le fastidies con pedidos de dinero. Trata de no gastar más de lo que te ha fijado para la semana.

4º Es posible que tu marido no tenga corazon; pero si tiene estómago más ó ménos bueno, y harás muy bien en prepararle buena comida.

5º Déjale de cuando en cuando la última palabra, pero no muy á menudo; eso le gustará y á tí no te hará ningun mal.

6º Lee en los periódicos otra cosa que no sean los avisos de matrimonio y de defuncion, para que puedas en ratos hablar con él de cosas que le interesen.

7º Sé siempre cortés con él. Recuerda que cuando era tu novio le mirabas como á un sér superior, y on le desprecies ahora.

8º Déjale creer con intervalos remotos, que sabe más que tú. Eso le halagará.

9º Sé su amiga si es inteligente; y si es bruto, trata de llevarlo á tu altura.

10º Respeta á sus padres, y más que á todo á su madre, á quien amó antes que á tí.

ESPEJISMO.

Como va la sedienta caravana
por la candente arena del desierto,
caminando al azar, sin rumbo cierto,
desfallecida por el sol que aplana,
creyendo vislumbrar por la mañana,
con el afan que el náufrago ve el puerto,
el fresco oasis de verdor cubierto,
del espejismo creacion liviana,
y luego se evapora su esperanza
cuando la brisa de la tarde llega
á borrar la vision engañadora,
así la humanidad, en lontananza
ve siempre un ideal, trás él va ciega
y como es ilusion, nunca le alcanza.

Santiago Iglesia.

Para ser dichoso, tomar el tiempo como
venga, á las gentes como son y estar bien
consigo mismo.

Madame du Deffaud.

CANTARES.

El camino de la vida
es un camino tan triste,
que es largo para el que llora,
es corto para el que ríe.

No hagas caso de los sueños,
porque todos son mentira,
yo soñé que tú eras buena
y soñé que me querías.

José Doz de la Rosa.

En el corazon humano hay dos medidas,
una para el dolor y otra para el placer, que
se vacían y se llenan alternativamente.

Mad. de Maintenon.